



El juicio a los intocables

INÉS PAULINO



La llegada de la rubia mujer, alta, de porte distinguido, muy segura de sí misma y consciente de la investidura que representaba, sorprendió al hombre vestido de cotona que hacía las veces de junior del Instituto O'Higiniano. Segundos antes, la dama había estacionado su auto frente al número 40 de la antigua y remozada casona de la calle Londres. Sonriendo se había dirigido al pequeño grupo de cuatro hombres y una mujer a quien él, por expresas instrucciones, no había dejado entrar.

A través de los vidrios de la mampara el hombre de la cotona vio a la señora. Pisando firme sobre sus altos tacones y escoltada por dos hombres cruzó el umbral. La voz resonó decidida en el amplio hall. "Soy la ministro de la Corte de Apelaciones Gloria Olivares y a partir de este momento doy inicio a una diligencia judicial en este recinto. Por favor, señor –miró al hombre de la cotona–, tenga la amabilidad de mostrarme los lugares que se le solicite". El antiguo campanario de la vecina iglesia de San Francisco había tocado hacía escasos minutos el carillón del mediodía de ese 20 de septiembre de 1990.

Por MARÍA EUGENIA CAMUS

Fue el inicio de una cadena de importantes diligencias que la magistrada ha desarrollado desde que se hizo cargo de la investigación del secuestro y desaparición de Alfonso Chanfreau, un joven chileno francés, dirigente del MIR, casado y padre de una niña, quien desapareció de ese mismo recinto después de ser detenido en junio de 1974. En ese entonces la casa tenía un aspecto tenebroso, estaba signada por el número 38 y era ocupada por la DINA. Particularmente por los integrantes de la Agrupación Caupolicán y especialmente por uno de sus grupos operativos: el Halcón, encargado de la represión al MIR.

En aquella diligencia de 1990, la ministra Olivares tomó declaraciones a personas que sobrevivieron al tratamiento de los "Halcones" y que estuvieron con

Alfonso Chanfreau en el lugar. Entre ellos a Erika Hennings, esposa del desaparecido. Era la primera vez que recorrían el lugar sin venda en los ojos, sin amarras, sin el dolor lacerante de las recientes torturas. Se produjeron momentos de intensa emoción y en medio de este clima la verdad parcelada de cada uno inundó la vieja casona. La magistrada dejó constancia de sus declaraciones.

Ella siempre había creído —como lo declaró en una reciente entrevista— que “el objetivo de la DINA fue alcanzar el bien común en ese momento y no secuestrar, matar o torturar”. Pero frente a sus ojos tenía testigos que decían lo contrario. Y ella siempre ha sido partidaria de que un representante de la justicia “debe echar a andar todos los resortes procesales necesarios para lograr establecer la verdad procesal que, generalmente, es equivalente a la verdad real”. Siendo pues consecuente con sus principios, resolvió dar todos los pasos necesarios, por engorrosos y difíciles que parezcan, para cumplir el objetivo que se trazó. “Mi fin es averiguar dónde está el señor Chanfreau”.

Y buscando la respuesta reunió pruebas y testimonios. Había nombres que comenzaron a repetirse. Comenzó a ubicarlos. Para los testigos eran personajes temidos de una parte trágica y traumá-

INES PAULINO



tica de sus vidas. Pero estaban dispuestos, le aseguraron, a participar en un careo si ella lograba hacerlos concurrir al tribunal. Hasta ahora nadie había podido hacerlo. Incluso había uno que, a pesar de su obesa contextura física, se había esfumado, como el viento. Después de meses de investigación, apoyada por un equipo especial de la policía civil que pesquisó pistas, nombres y datos los funcionarios le dieron una buena noticia a la ministra Olivares. En Brasil habían encontrado al fin a Osvaldo Romo Mena, el “cuadro” operativo del grupo Halcón. El ex agente de la DINA responsable a lo menos de la desaparición de unas 40 personas, según consta en procesos judiciales incoados en su contra, sólo dijo a los policías que desde hace muchos años los estaba esperando. Al manifestar su voluntad de colaborar con la justicia chilena para liberar su conciencia y mostrar disposición a venir a Chile, soltó el hilo principal de una madeja que la ministra Olivares siguió desenredando en su despacho en Santiago.

Y los rostros y nombres de otros fantasmas aparecieron con y sin uniforme en los tribunales. Dieciocho años después de los hechos investigados, el grupo Halcón aterrizó en los tribunales. El coronel Miguel Krasnoff Marchenko, su responsable, los operativos Gerardo Godoy, Basclay Zapata, El Troglo, Fernando Laureani. Y el “jefe”, el coronel (R) Marcelo Moren Brito, El Ronco. Nombres mencionados decenas de veces en testimonios recogidos por la Comisión Rettig.

Todos —menos Romo, por ahora— desfilaron frente a la ministra Olivares. Esa mujer que hace algunos años no quiso seguir siendo sólo una dueña de casa y se separó de su marido, el general de Ejército Samuel Rojas, para retomar su profesión de abogada. Y que finalmente se dedicó a la judicatura hasta que fue nombrada ministro.

Ella, en su despacho de la Sexta Sala de la Corte de Apelaciones,



encubrada en el tercer piso del Palacio de los Tribunales, ha sido mudo testigo de “la necesaria catarsis que por tantos años esperamos para recuperar la paz”, como calificó una de las testigos de este juicio las situaciones vividas en estas semanas. Porque al confrontar los dos lados de una misma historia, la ministra reunió a víctimas y victimarios. Los unos recordando todo, los otros tratando vanamente de olvidar. Los unos repitiendo nombres y describiendo rostros queridos que los otros aseguraban no conocer.

En fuentes judiciales se subraya en estos días que éste es el mérito de la ministra. Juntar las dos caras de la moneda. Sentar frente a ella y a su actuario a los protagonistas de los hechos que investiga. Eso, afirman, es hacer justicia. “Quizás —asiente una de las testigos— por ahora no

**Lo sacaron en andas
del vehículo y lo
arrojaron como
trofeo frente al
escritorio del capitán
Miguel.**

tenemos plena conciencia, pero es muy posible que durante estas semanas haya tenido lugar el Juicio que tanto esperamos. Y ellos también saben que es así”.

“NO ME CONSTA”

“¿Y esta caída es el chico Santiago?”. Es una frase que aún golpea en los oídos de Lautaro Videla Moya al recordar el día de su detención ocurrida el 10 de febrero de 1975. Tenía 25 años y era miembro de la Comisión Política del MIR. Fue apresado en la calle por Osvaldo Romo, el teniente Ricardo Lawrence y el suboficial Basclay Zapata. Lo llevaron a la Villa Grimaldi. Lo sacaron en andas del vehículo y lo arrojaron como trofeo frente al escritorio del “capitán Miguel”, es decir, del capitán Miguel Krasnoff Marchenko. Fue entonces que el rubio oficial profirió esa frase.

“No me consta”, fue su respuesta cuando Lautaro Videla se la recordó hace unos días en los tribunales. Ni siquiera

entre los presos de que Pérez había muerto víctima de las torturas, el capitán “Miguel”; lo confirmó. Agregó que Lumi había sido asesinada por sus propios compañeros.

Tuvo más memoria la abuela de Lautaro Videla, de 94 años, cuando lo reconoció al verlo esa noche en que salió del despacho de la ministro Olivares después de los careos. Sintió entonces un temblor en las piernas y recordó. Igual que su hija, la madre de Lumi y Lautaro Videla. Era el mismo hombre que en el invierno del 75 llevó a Lautaro a la casa. En esa fecha aún estaba en calidad de desaparecido y Krasnoff ordenó a las dos mujeres que no hicieran gestiones por su libertad. Después se lo llevó.

Tampoco recordó su directa participación en el montaje de una conferencia de prensa que, el 19 de febrero de 1975,

El coronel Krasnoff recuerda que hubo una conferencia de prensa, pero no su participación.

dieron Hernán González, Cristián Mallol, Humberto Menanteaux y Hernán Carrasco, miembros del MIR, detenidos por la DINA en Villa Grimaldi. Ellos accedieron a formular un llamado a sus camaradas a dejar las armas ya que “estaban derrotados”. La aparición —filmada en el edificio Diego Portales— y el contenido de las

conferencia fue planificada en las oficinas del capitán Miguel, en la Villa Grimaldi. Videla fue invitado a ser el quinto conferencista. El oficial le entregó diferentes argumentos. Cuando se dio cuenta que no le obedecería, dijo a sus subalternos una de sus palabras predilectas: “Reviéntenlo”. El coronel Krasnoff recuerda que hubo una conferencia de prensa, pero no su participación. Pero en ese día como capitán Miguel, quizás llevado por la euforia, cometió un fallo: en determinado momen-

to se ubicó detrás de los conferenciantes. Su imagen quedó grabada en la filmación televisiva, proporcionando un indelible documento contra sí mismo.

LOS ANALISTAS

“Aunque haya situaciones que son reales, a pesar de que no le constan a Marchenko, poco a poco ha emergido una verdad que ya estaba establecida desde hace años, y que ratificó el Informe Rettig”, señala una fuente policial. Agrega que los argumentos dados por los testigos son tan contundentes que los otrora jefes de la DINA han debido hacer algunas concesiones. En primer lugar, reconocer su pertenencia a ese servicio. En segundo lugar ubicarse en alguna función: todos son “analistas de inteligencia”. Y en tercer lugar reconocer la existencia de lugares clandestinos de detención y la presencia en ellos de decenas de personas. Porque según consta en documentos enviados por las autoridades de la época a los familiares de algunos desaparecidos o por el propio general Manuel Contreras, director de la DINA, a los tribunales, nada de eso existió. Las direcciones de Londres 38, José Domingo Cañas eran invenciones del “marxismo internacional”. Tampoco nunca se admitió que en esos recintos estuvieran recluidas personas previamente secuestradas.

Hoy los coroneles Krasnoff y Moren Brito admiten haber sido analistas de inteligencia y que en el cumplimiento de sus funciones y para recabar alguna información concurren a estos lugares a “dialogar con los subversivos detenidos”. “Pareciera que nos quisieran volver locos de nuevo”, señala enojada la periodista Gladys Díaz, detenida por la DINA en febrero de 1975, junto al ingeniero Juan Carlos Perelman, su pareja. Durante años esperó poder enfrentarse al temido capitán Miguel. Hasta que hace unos días sucedió. Y se dio cuenta de que no era tan alto como siempre lo imaginó. Que conservaba su misma frialdad y que era el mismo sujeto cerebral y cruel que dirigió sus torturas y la mantuvo desaparecida durante meses. “¿Señora, yo la torturé personalmente a usted?”, le escuchó decir y no pudo evitar contrapre-



Marcelo Moren: “el Ronco” desfiló ante la magistrada.

recordó que estuvieron durante siete meses juntos en la Villa Grimaldi. Ni tampoco pudo recordar el diálogo que en el 75 sostuvo con Videla cuando éste le preguntó por su hermana Lumi y su cuñado Sergio Pérez.

La historia había sido terrible. En octubre de 1974, el cuerpo de la joven fue arrojado a los jardines de la embajada de Italia. Desde hacía meses ella estaba detenida en la casa que la DINA tenía en calle José Domingo Cañas. Circulaba la versión



Basclay Zapata, "el Troglo", cuando escondía su cara.

guntarle: "¿Usted me detuvo sólo para conversar?" El "analista" no recordó. Pero no negó que ella estuvo detenida, ni tampoco que él estaba presente el día en que ella llegó. Gladys Díaz recuerda que junto a él también estaba Osvaldo

Romo y el coronel Marcelo Moren.

Este último, sin embargo, a pesar que se sacó y se volvió a poner los anteojos con mucha teatralidad, no pudo superar su amnesia frente a ella. El antiguo jefe de Villa Grimaldi y de la Brigada Caupolicán, el temido Ronco, no tiene memoria suficiente para recordar que cumplió funciones operativas en la DINA. Menos aún que en el caso de Gladys Díaz fue uno de quienes dirigió sus torturas. Evitó mirarla a los ojos cuando ella, con voz enojada, se lo recordó. Antes y ahora, ambos coroneles eran dos personalidades muy diferentes. El capitán Miguel era y fue frente a los testigos frío y cerebral. Moren Brito mantiene sus rasgos de persona emocional, venal, irracional, de carácter volcánico, de crueldad ilimitada. Decenas de testimonios en los procesos que actualmente se investigan dan prueba de ello.

Algo pasó sin embargo en los dos días que debió concurrir a los tribunales. No fue su voz ronca e inconfundible la que elevó diapasones en el despacho de la ministra, sino las voces de algunas de sus antiguas víctimas a quienes exasperó con sus negativas. Especialmente cuando "no

recordó" el destino de quien fue en otros tiempos su sobrino regalón, el joven Alan Bruce Catalán, detenido por la DINA y quien desapareció de Villa Grimaldi el 28 de febrero en 1975.

"A pesar de que no me recuerda -le dijo Gladys Díaz- le transmitiré un recado que guardé por 17 años. Es de su sobrino Alan Bruce. Me lo dio en el momento en que lo sacaron de su celda". "Yo no maté a Alan", fue su respuesta. Enmudeció cuando escuchó otra pregunta: "¿Por qué entonces jamás ha querido darle la cara a sus tíos, los padres de Alan?"

Sin embargo, gatillado por alguna imagen, a uno de los testigos Moren le entregó, quizás sin haberlo pensado, importantes antecedentes de uno de los hechos que se investigan. De todas sus declaraciones quedaron constancia. "A mí me sorprendió cuando me dijo, casi con voz protectora, que me entendía, que yo era muy señora. Que si él hubiera tenido a un hijo o a su señora en estas circunstancias, habría reaccionado de manera terrible", afirma Erika Hennings de Chanfreau. En ese momento, no se acordó que sí tuvo un sobrino.

De acuerdo a lo que la propia Erika

Los rostros bajo las chapas

El pasado 17 de septiembre, Miguel Krasnoff Marchenko esperó unos quince minutos en los tribunales de justicia y nadie lo atendió. Sucede que "el duro" de Villa Grimaldi se presentó a declarar ante la ministra Gloria Olivares, que instruye el caso Chanfreau, en plena orden de no innovar. Ante la sorpresiva presentación del oficial, la ministra en visita declaró: "No entiendo a qué vino, si el caso se encuentra paralizado".

Pero Marchenko, encargado de la Brigada Aguila en Villa Grimaldi y actualmente segundo hombre en su institución en la Cuarta División en Valdivia, tuvo que volver y declaró.

Y no ha sido el único. Ya son cerca de diez los ex agentes que han sido citados a declarar ante la ministra Olivares. Los mismos que durante muchos años, gozaron tácitamente de la condición de intocables. El primero en declarar fue el mayor de carabineros Ernesto Godoy García. Bajo la chapa de "teniente Marcos" estuvo a

cargo del grupo operativo Tucán, que servía de apoyo a las tareas de los grupos Halcón 1 y del grupo Aguila. Ha trascendido que actualmente estaría destinado en la Dipolcar.

Tanto en careos como en declaraciones ha comparecido el coronel Marcelo Moren Brito, conocido como El Coronta o El Ronco. Luego de la partida del comandante Pedro Espinoza quedó como jefe de Villa Grimaldi. Se retiró de la DINA junto con Manuel Contreras y actualmente se encuentra en retiro.

Otro de los hombres de la desaparecida DINA que ha declarado en el caso Chanfreau, es Basclay Zapata Reyes, El Troglo, quien formó parte del grupo operativo principal de Krasnoff. Con el grado de sargento cumple actualmente funciones en la DINE.

También ha declarado Ricardo Lawrence Mires, conocido en Villa Grimaldi como Teniente Cachete Chico.

Actualmente, con el grado de teniente coronel, se encuentra en retiro y alejado de su institución.

Se han presentado también a los tribunales el coronel del Ejército en retiro, Rolf Wenderoth, el brigadier general del Ejército (R) Italo Seccatore Gómez, y el oficial de Carabineros, también en retiro, Conrado Pacheco.

El pasado 15 de octubre, la ministra Olivares continuó con sus diligencias e interrogó al ex miembro de la DINA, Augusto Deitchler. Ese mismo día debía concurrir a los tribunales, el teniente coronel Fernando Lauriani Maturana, quien se encuentra en servicio activo en el "Comando de Institutos Militares". Sin embargo el Teniente Pablito no se presentó.

Los mismos que hace casi 20 años tuvieron la función de interrogar a los detenidos, son hoy los interrogados. Son lo que llaman "las vueltas de la vida".

• M.E.

recuerda, el Ronco era uno de los jefes que guió los interrogatorios de su marido Alfonso Chanfreau. Pero el coronel ni siquiera recuerda que éste haya alguna vez existido.

Le sucede lo mismo a Krasnoff. Su amnesia se extiende a Erika. Eso a pesar de que dirigió sus torturas frente a su marido, para debilitarlo. “¿Señora, yo la torturé directamente, con mis manos? Categóricamente la desmiento”, fue su fría respuesta. En el aire quedó una de sus frases cuando Erika Hennings le insistió que él mentía. “Cada uno tiene su verdad. la mentira es algo relativo”, dijo.

LA LLAVE DEL CERROJO

“Para establecer la verdad se requiere de la cooperación de todos los involucrados en un caso. O a lo menos de quien puede transformarse en la llave que abra el cerrojo”, sentencia la fuente policial. Ellos creen que la llave que necesitan está en São Paulo. Y que llegará a las manos de la justicia chilena, aunque por ahora se haya retrasado.

Porque Osvaldo Romo Mena, subalterno de los dos oficiales “analistas”, dijo que estaba dispuesto a “descargar su conciencia y entregar su verdad a la justicia chilena”. Pero el hombre no quiere salir expulsado de Brasil. Se encariñó con esas tierras cálidas en donde se escondió con una falsa identidad por años. Aprendió a hablar portugués y sus hijas parecen brasileñas. Tiene casa propia y trabajo. Y, por cierto, no existía el peligro de encontrarse con viejos conocidos. De uno y otro lado. Porque Romo –según señala la fuente– es de los hombres que siempre se acomodan donde está el poder. Lo hizo durante la Unidad Popular y fue de la Usopo. Lo hizo después y fue de la DINA. Hoy quiere colaborar con la policía chilena.

Tiene explicación para todo. Niega haber sido infiltrado con anterioridad al golpe de Estado y sólo se cambió de bando para cobijarse mejor bajo una podede

rosa sombra. Empezó dando algunos datos, cuando lo fue a buscar el comandante Edgard Ceballos Jones, a la sazón jefe de la SIFA. Estuvo con él tres veces. Fue a comienzos del 74 cuando se encontró por primera vez con Krasnoff, que le pidió antecedentes de algunos detenidos. Ahí se dio cuenta –ha sostenido– de que la naciente DINA trabajaba en forma muy desordenada su esquema operativo para reprimir al MIR. Y que él los conocía a casi todos y también sabía la manera de llegar a los más difíciles de encontrar.

Hizo un organigrama para mostrarles cómo funcionaba el MIR. En Santiago especialmente, que era donde él se movía. Y se puso a disposición del capitán. Fue así como se transformó en el cuadro operativo del grupo Halcón. Salía a la calle junto a Basclay Zapata, a la mujer de éste, de nombre Teresa, y a Gerardo Godoy. Ubicaban a los miristas o a sus familiares. Los detenían y se los llevaban a las casas. Ahí los “trabajaban”: la parrilla, los golpes, los interrogatorios. Era la fase previa para que saliera la información que necesitaban los “analistas”.

Porque Romo no sufre amnesia.

Recuerda a sus jefes y también las órdenes que recibía de parte de Krasnoff y de Moren. Asegura que las tiene “computadas” todas. Tampoco ha olvidado los nombres de detenidos que pasaron por Londres y José Domingo Cañas. Incluso identifica algunos rostros.

Lo que no sabe, asegura, es qué pasó con los hombres y mujeres que fueron sacados de esos recintos. Recuerda que



El “Guatón” Romo, la llave para abrir el cerrojo.

sólo operaba hasta el momento en que éstos eran sacados de sus celdas y los veía subir a camiones, dice. El no los trasladaba. Ni tampoco preguntaba qué había pasado con ellos. En la DINA las funciones estaban estrictamente compartimentadas. Esa fase debe haber estado a cargo de otro grupo. “Romo sabe más”, asegura Gladys Díaz. Conmovida, recuerda su voz. La escuchó la noche del 27 de febrero de 1975, cuando estaba confinada en la Torre de la Villa Grimaldi. En la celda contigua permanecía Juan Carlos Perelman. Estaba muy mal. Romo lo sacó. “No has querido hablar –le dijo–. Eres un tonto, si supieras lo que te espera, me implorarías que te matara aquí mismo”. Lo empujó a la celda y se fue. En la mañana del día siguiente, Juan Carlos fue “trasladado”. Nunca más nadie lo vio. “Algunos, entre ellos Romo, saben qué le sucedió”, musita quedamente Gladys Díaz.

Romo asegura que siempre pensó que los detenidos eran trasladados a otros recintos. Sólo se enteró que no era así, sostiene, cuando vio en Brasil la publicación del diario *O’Lea* con la lista de los 119 chilenos supuestamente muertos en la frontera chileno-argentina. Se sorprendió, pues descubrió nombres de personas que él mismo había detenido o visto en las casas de la DINA.

Es parte de su verdad. Y la ministra está empeñada en confrontarla, ya que ha manifestado su interés por cooperar. Aunque el pasado martes haya aceptado

“¿Señora, yo la torturé personalmente a usted?”, le escuchó decir y no pudo evitar contrapreguntarle: “¿Usted me detuvo sólo para conversar?”

Desde sus tiempos de agente siempre supo de los fluidos contactos de sus jefes Pedro Espinoza y Marcelo Moren con altas autoridades militares brasileñas.

los servicios de un abogado brasileño y no le haya importado que su apellido sea Marx. Es el profesional más caro de todo Brasil. Exitoso en su desempeño, ha logrado que dos nazis no sean deportados para enfrentar la justicia. Ahora logró que la Corte Suprema de ese país acogiera un recurso de amparo en favor de su defendido Osvaldo

Romo Mena, fallo que mantiene en suspenso su expulsión.

Marx cobra muy caro. Romo no tiene un peso y su familia tampoco. Hasta hace poco estaba muy resentido con sus ex colegas de la DINA. Desde sus tiempos de agente siempre supo de los fluidos contactos de sus jefes Pedro Espinoza y Marcelo Moren con altas autoridades militares brasileñas. Lo constató después al residir allí. Recuerda el encuentro de Marcelo Moren y el ex presidente Figueiredo. O las relaciones del coronel Sergio Arrendondo, cuando fue el representante chileno en Codelco. Romo estimaba que por años no se preocuparon de él ni de su familia. Ahora tiene un buen abogado y además mucha verdad que puede ayudar a recordar a quienes en Chile son víctimas de bloqueos amnésicos.

La larga mano que ha pretendido mantener como intocables a los altos jefes de la DINA parece haberse puesto en movimiento ante la evidencia de que la magistrado Gloria Olivares continúa incursionando en sus amurallados laberintos. La presencia de Romo en Chile amenaza con desbaratar las dudosas explicaciones y respuestas de sus jefes ante la justicia. Es sintomático que tras la ronda de careos con que la ministro puso en jaque a los superiores de Romo dando un nuevo cariz al proceso, se hayan multiplicado las iniciativas y gestiones judiciales que persiguen dejar al Guatón en tierras paulinas. Fuentes judiciales afirman que todo aquello cambiaría si finalmente el Ejército consigue que el caso Chanfreau pase a la justicia militar.

En tanto, la ministra Olivares sigue empeñada en confrontar todas las versiones sobre el mismo tema. Mientras no se resuelva en Brasil la situación de Romo Mena y éste pueda sentarse frente a ella. Mientras no se dirima la contienda de competencia que ha trabado la justicia militar en su contra, ella intentará establecer la verdad del secuestro de un hombre. De la mejor manera posible. Seguramente continuará el desfile de otros oficiales de la DINA por su despacho. Puede que también de otros personajes que podrían o no recordar hechos de aquellos años. Como mujer de leyes quiere que no queden cabos sueltos, sino que queden amarrados con otros hechos que podrían esclarecerse a partir de las verdades a medias que han surgido a la luz de este proceso.

Es la forma en que se puede, por ahora, hacer justicia en este Chile en transición. En la medida de lo posible. •

Crédito de Consumo

- Hasta 24 meses.
- Cuotas mensuales iguales en pesos.
- Rápida aprobación.
- Para Clientes y No Clientes.
- Monto mínimo \$ 500.000.

Llame a los teléfonos **6968345-2316116**
o diríjase a cualquier sucursal del banco



BANCO O'HIGGINS

La llave precisa

Infórmese sobre el límite de garantía estatal a los depósitos.